miento de toda la comarca; y así fue mucha la que se sacó en muy breve tiempo; y lo primero que hizo fue terraplenar el suelo del patio del templo de Huitzilopuchtli y levantarlo de piedra y cal, que fue obra grandiosa. Luego reparó sus casas y palacios; y de aquí tomaron motivo todos los pueblos de la laguna y aun los de la tierra firme de hacer de piedra lo más de sus casas; y así se renovaron todos los edificios y se ennobleció de ellos esta ciudad y todas sus convecinas. Fueron los tres reyes después de todo esto sobre la provincia de Tlacuilollan y trajeron mil y doscientos cautivos que sacrificaron a los demonios. Rebeláronse los de la provincia de Huexotla (en la Huaxteca) y saltearon a los mayordomos y oficiales que traían los tributos reales a México y a Tetzcuco y se habían alzado con ellos; fueron contra ellos y tuvieron gran dificultad en allanar esta gente; pero al fin los vencieron y castigaron a los culpados y se volvieron a sus casas victoriosos. Otras guerras hizo este rey contra los xaltepecas y otras gentes con que ensanchó sus reinos y engrandeció su nombre y quedó muy poderoso y ya reconocido cuasi en toda Nueva España; y cuando había de gozar de sus victorias, vino la muerte a mostrarse (como siempre) vencedora. Adoleció gravemente de achaque del golpe que se dio en el celebro cuando salía huyendo de el agua en el anegamiento que hubo tres años antes en esta ciudad. Y no valiéndole remedios humanos, murió a los diez y ocho años de su imperio, dejando sus gentes lastimadas con la pérdida de tan gran señor y rey.

CAPÍTULO LXVIII. *De la elección y nombramiento de el gran emperador Motecuhzuma, segundo de este nombre, en este imperio mexicano*

OTECUHZUMA (aquel grande emperador mexicano en cuyo tiempo entraron en estas sus tierras nuestros españoles) fue hijo de el rey Axayacatl y sobrino de los reyes Tizoc y Ahuitzotl sus antecesores. Y muerto este dicho rey Ahuitzotl trataron los mexicanos de poner en su lugar otro, que imitando sus hechos, le pareciese en la grandeza y valentía; y para esto habiéndolo tratado y conferido entre sí, pusieron todos los ojos en Motecuhzuma. Era este excelentísimo varón de suyo muy grave y muy reposado, y por maravilla se le oía hablar y cuando hablaba en el supremo consejo (de el cual él era) ponía admiración su aviso y consideración; por lo cual aun antes de ser rey era temido y respetado. Estaba de ordinario recogido en una grande sala (o calpul) que tenía para sí señalada en el gran templo de Huitzilopuchtli, donde, decían, que le comunicaba mucho su ídolo hablando diversas veces con él; y así presumía de gran religión y devoción. Con estas partes y con ser nobilísimo y de grande ánimo fue su elección muy fácil y breve como en persona en quien todos tenían puestos los ojos para tal oficio. Dicen que cuando murió Ahuitzotl estaba en la provincia matlatzinca, que es en el valle de Tolucan, nueve leguas de

esta ciudad y que sabida su muerte se vino a ella a hallarse en la elección como uno de los electores. Otros dicen que no se halló en ella porque era sacerdote y que estaba en el templo, y lo uno y lo otro es creíble; y no le llamarían a ella por haber puesto los ojos en él y ser cierto haber de salir electo. Hicieron la elección todos en él sin discrepar en los votos. Hecha esta elección, dieron aviso de ella al rey Nezahualpilli de Tetzcuco, que estaba casado con primas hermanas de Motecuhzuma y al rey Totoquihuatzin de Tlacupa, los cuales vinieron luego a hallarse a su coronación y nombramiento. Dicen que cuando lo supo Motecuhzuma se fue al templo a esconder a aquella pieza y sala donde acostumbraba, ora fuese por consideración de el negocio tan arduo, que era regir tanta gente como el imperio mexicano tenía a cargo, ora fuese por hipocresía y muestra que no estimaba el imperio que le habían dado, aunque será posible que fuese por dar a entender que más estimaba la quietud de aquella vida que la inquieta en que de nuevo le ponían. Séase lo uno o lo otro a él le hallaron en el templo y hay quien afirme que estaba barriendo en él y que le quitaron la escoba de las manos. Aquí finalmente le hallaron y, dándole el recaudo de el senado, le llevaron con el acompañamiento y regocijo posible a su consistorio y sala; venía con tanta gravedad que, decían todos, le venía muy bien su nombre de Motecuhzuma (que quiere decir hombre severo o sañudo) y cuando entró hiciéronle gran reverencia los electores y, dándole noticia de su elección, lleváronle de allí al brasero de los dioses a incensar y luego a ofrecer sus sacrificios, sacándose sangre de las orejas, molledos y espinillas como era costumbre (como en otro lugar decimos), y cumplidas todas sus ceremonias y sentado en su trono oyó las oraciones que todos le hicieron que, según se usaba, eran con elegancia, gracia y artificio. La primera hizo Nezahualpilli, rey de Tetzcuco, que por ser muy sabio y gran retórico y haberse conservado la memoria de su oración, por ser muy elocuente, la pondré aquí para que vean cuan mal hablan de estos indios los que los tienen por bestias y se disuadan de tan conocido y pertinaz error, la cual dice así:

La gran ventura que ha alcanzado todo este reino (nobilísimo señor) en haber merecido tenerte a ti por cabeza de todo él bien se deja entender por la facilidad y concordia de tu elección y por el alegría tan general que todos por ella muestran. Tienen cierto muy gran razón, porque está ya el imperio mexicano tan grande y tan dilatado que para regir un mundo como éste y llevar carga de tanto peso no se requiere menos fortaleza y brío que el de tu firme y animoso corazón, ni menos reposo, saber y prudencia que la tuya. Claramente veo yo que el omnipotente Dios ama esta ciudad, pues la ha dado luz para escoger lo que le convenía; porque ¿quién duda que un príncipe, que antes de reinar había investigado los nueve dobleces del cielo, ahora obligándole el cargo del reino con tan vivo sentido no alcanzará las cosas de la tierra para acudir a su gente? ¿Quién duda que el grande esfuerzo que has siempre, valerosamente, mostrado en casos de importancia no te haya de sobrar ahora, donde tanto es menester? ¿Quién pensará que en tanto valor haya de faltar remedio al huérfano

y a la viuda? ¿Quién no se persuadirá que el imperio mexicano haya ya llegado a la cumbre de la autoridad, pues te comunicó el señor de lo criado tanta, que en sólo verte la pones a quien te mira? Alegráte, ¡oh, tierra dichosa!, que te ha dado el criador un príncipe que te será columna firme en que estribes; será padre y amparo de que te socorras; será más que hermano en la piedad y misericordia para con los suyos. Tienes, por cierto, rey que no tomará ocasión con el estado para regalarse y estarse tendido en el lecho, ocupado en vicios y pasatiempos; antes al mejor sueño, le sobresaltará el corazón y le dejará desvelado el cuidado que de ti ha de tener. El más sabroso bocado de su comida no sentirá suspenso en imaginar en tu bien. ¿Díme pues, reino dichoso, si tengo razón en decir que te regocijes y alientes con tal rey? Y tú, o generosísimo mancebo y muy poderoso señor, ten confianza y buen ánimo, que pues el señor de todo lo criado te ha dado este oficio, también te dará su esfuerzo para tenerle; y el que en todo el tiempo pasado ha sido tan liberal contigo, puedes bien confiar que no te negará sus mayores dones, pues te ha puesto en mayor estado, de el cual goces por muchos años y buenos.

Estuvo el rey Motecuhzuma muy atento a este razonamiento, el cual acabado, dicen, que se enterneció de fuerte, que acometido a responder por tres veces no pudo, vencido de lágrimas (que muchas veces el proprio gusto suele bien derramar, guisando un modo de devoción salida de su propio contentamiento con muestras de grande humildad), pero al fin, reportándose, dijo brevemente: harto ciego estuviera yo (buen rey y hermano mío) si no viera y entendiera que las cosas que me has dicho han sido puro favor que me has querido hacer, pues habiendo tantos hombres tan nobles y generosos en este reino echaron mano para él del menos suficiente que soy yo; y es cierto que siento tan pocas prendas en mí para negocio tan arduo que no sé qué hacerme sino acudir al señor de lo criado que me favorezca y pedir a todos que se lo supliquen por mí. Dichas estas palabras se tornó a enternecer y llorar y, con esto, siguieron otros dándole el parabién de su oficio, y con grande aplauso de todos lo llevaron a su casa donde se le hicieron muchas y muy grandes fiestas.

CAPÍTULO LXIX. *De lo que hizo Motecuhzuma, luego al principio de su reinado, en que mostró el valor que tenía*

RA COSTUMBRE DE ESTOS REYES INDIOS, luego al principio de su elección, hacer alguna salida de su corte contra los enemigos de sus reinos, ora fuesen rebelados, ora otros que no los hubiesen reconocido ni tributado. Y a esta sazón, que Motecuhzuma fue puesto en la silla de Mexico estaban los de Atlixco declarados por enemigos (porque como gente belicosa que era no quería acudir de gana a servir a Mexico). Salió luego a esta empresa Motecuhzuma y llevó consigo la flor de la caballería del